

Santa María de Sasamón

La visión de altas lomas calizas mordidas por torrenteras, la soledad y desnudez de tierras inertes ateridas por la crudeza de interminables heladas, componen el paisaje recorrido por la carretera de Melgar, en su tramo de Burgos a Olmillos de Sasamón, estampa de austeridad invernal de matices apagados y sombríos, con alientos de desolación en el páramo de Citores, pedregoso, luminoso y desierto.

El bello castillo de Olmillos, levantado a mediados del siglo XV por el noble burgalés Pedro de Cartagena, se aproxima ya a dilatadas y fecundas vegas tendidas hacia el río Brulles, vestidas de frutales y pinares, atalaya hacia el Norte la señera arrogancia de la iglesia de Sasamón, erguida sobre un caserío castellano, abierto entre los restos de su recinto amurallado por la legendaria silueta de una bella puerta medieval, de arco apuntado y recio matacán.

Sus raíces históricas, clavadas en un pasado de milenios, florecen en belicas resonancias con el nombre de Segisamone, durante las guerras de Roma contra los Cántabros por los años 27-25 antes de Jesucristo.

Desaparecidos o soterrados los restos materiales de Segisamone, alcanzó ésta por la virtualidad de viejas tradiciones, investidura episcopal, expresamente reconocida en la donación de la Condesa Momadona del año 1071 a favor de la iglesia episcopal «que dicitur S.^a María in Samonensi fundata», fugaz catedralidad que a principios del siglo XII había desaparecido, porque en 1128 Alfonso VII de Castilla hacía merced al Obispo y Catedral de Burgos de la iglesia de Santa María de Sessamon.

Sobre el emplazamiento de la antigua iglesia surgió el templo existente hoy, de grandes, fuertes y macizas proporciones, reforzado de rudos estribos, entre los cuales una torrecilla poligonal alienta, en su ímpetu ascensional, con la gracia cómica de su remate recorrido de cardinas.

Ventanales góticos taladrán el espesor de la torre rectangular, cuyo

último cuerpo de época posterior, se adorna en su coronación con pináculos o flameros penetrados de silencios de alborada, en las claridades altas de amaneceres sobre estas llanadas de Castilla.

Un pórtico coronado por una hornacina con remate de hojas da entrada a amplio atrio, al cual se abren las portadas de la iglesia. Soslayando la de San Miguel, con su maltratada estatuaria y su escudo de la época de los Reyes Católicos, todo el interés converge hacia la puerta principal, de un despliegue escultural cuya grandeza evoca amplitud de ecos procedentes de la Puerta del Sarmental de nuestra Catedral.

La composición es idéntica, mas la estatuaria, en su técnica fuerte y movida, se aleja en calidades del primoroso modelo burgalés, tomado como motivo de inspiración por el artista español que medio siglo más tarde lograba tan noble plasticidad en las doradas piedras de Santa María de Sasamón.

La iglesia está reducida hoy, después de incendios y desastres, a la cabecera con corona de capillas absidales, y a la nave del Crucero en cuyo fondo Norte se ha erigido el altar mayor.

Arcos apuntados de buen estilo facilitan el paso entre las capillas del ábside, adornadas con la vestidura de humildes retablos barrocos, de cuya modestia le salva el bellissimo de Santiago, de entrañables sugerencias en su atrayente claridad y en su fina ejecución.

Lrs robustas columnas cilíndricas de la nave del Crucero, recogen las ligaduras de nervios y arcos de sus elevadas bóvedas en una serie de calumnillas voladas adheridas en lo alto de los cilindros, de claro abalengo cisterciense.

La recia monumentalidad de esta gran nave, ofrece apagada perspectiva, no obstante la señorial prestancia que recibe de valiosos tapices, con su mezquino retablo de cabecera en el altar mayor, flanqueado de dos tallas extrañas a él, representativas de los Santos Juanes, restos a nuestro parecer del retablo trabajado a fines del siglo XVI para una capilla colateral de la iglesia por los «arquitectos y ensambladores» burgaleses Simón de Berrieza y Miguel de Quevedo, con la colaboración del escultor toledano Pedro de Torres, obra estimada en 1586 en la cantidad de 1.777 ducados.

Un púlpito gótico de piedra, delicado joyel de calidades artísticas, pone una nota de palpitante espiritualidad en la frialdad de la larga nave encalada y multiplica la dolorida nostalgia por tantas riquezas desaparecidas en uno de los bellos templos de Castilla, que aún conserva restos de antiguas opulencias en el tesoro inestimable de sus ropas litúrgicas, de primorosos bordados, tisús y terciopelos.

Una puertecita próxima a la cabecera del crucero da acceso al

Claustro. Las más bellas armonías del gótico del siglo XV se ofrecen, en la elegancia de sus ventanales, a la luz que ennoblece y dora sus piedras y que proyectan en juegos de luces y sombras la grácil silueta de sus esbeltos maineles y la gracia aérea de sus rosas lobuladas.

El mundo vegetal y animal impreso en sus capiteles, vive en un remanso de paz, de silencio y de olvido, en contacto con viejas tumbas y lápidas funerarias modernas, incrustadas en los muros y perdidas sin memoria en la tierra claustral destinada por el paso de los siglos a mansión de los muertos. La ensoñadora suntuosidad del Claustro, parece conservar con la tristeza de su abandono la penetrante melancolía de un Campo Santo.

El Claustro linda con vastos espacios, cubiertos en siglos pasados por las naves románicas de la primitiva iglesia: gruesas columnas sostenían las bóvedas de episcopal abolengo, cuyos informes escombros se amontonan, a cielo descubierto, en las calmas de sombra de estos atardeceres, en los que el sol apenas si tiene fuerza para alumbrar en las alturas, con desmayadas claridades, el rápido vuelo de infinitas palomas que anidan en estos abandonados recintos.

Al asomarnos a la puerta románica, dintel de dolientes ruinas, una bruma azulada se eleva por el poniente, en el confin de lejanos horizontes, la tarde cae, y las vastas llanadas de Castilla, se adormecen en soledades.

EL VALLE DE VALDIVIELSO

SAN PEDRO TEJADA

La primavera está a punto de despertar en Valdivielso.

Pero aún no han florecido los espinos en la vecindad de los caseríos con fondo de montaña, con señoríos de blasones en sus viejas casonas y con evocaciones de orgullosos linajes en la muda arrogancia de sus torres armeras.

Y una estrecha cenefa de nieves persistía, no hace muchos días, en las cumbres de los montes que angostan la hondura del valle, en cuyas laderas amarillean resecos los helechos.

Mas el luminoso preludio, apunta en árboles esponjados en nivea y rosada floración, multiplicados sobre jugosas labranzas, palpitantes ya en tapices de brillante esmeralda y tendidas en declive hacia las aguas del Ebro, deslumbradas por el sol con plateados reflejos en la inmovilidad de sus verdosas profundidades, sobre cuya calma resbala el eco blando y rumoroso de arboledas y praderías.

Un viejo puente en el extremo septentrional del Valle, desemboca por la orilla izquierda del Ebro en el lugar de Puentearenas acostado al pie de la Sierra de la Tesla, cuya ascensión insinúa un camino de herradura, con alegría de manantiales y escolta de frutales, hasta alcanzar la iglesia románica de San Pedro Tejada.

Por muchos siglos que pesen sobre ella, anticipados en imprecisas memorias sobre la iglesia que la precedió, habrá que perderse en lejanías ahogadas en silencios históricos, al intentar percibir el primer foco espiritual que surgió en la desnudez de imponentes roquedales, y que alumbró en los siglos iniciales de cristiandad, la estampa íntima y paradisíaca del Valle de Valdivielso.

Probable es, que la remota evocación evangélica, se localizara en la ermita de Santa María de los Godos levantada en términos de San Pedro Tejada y pertenecer a ella los relieves y capiteles descubiertos no

hace muchos años, cuya técnica mozárabe puesta de relieve por arqueólogos burgaleses, nos llevaría a los años centrales del siglo IX.

Con ellos se enlazan las primeras noticias de San Pedro Tejada, regentada hacia el año 860 por el abad Rodamio, memorias que alcanzan vigor histórico en el año 1011 al fundar el Conde de Castilla don Sancho García el Monasterio de Oña, en cuya copiosa dotación se halla incluida la iglesia de San Pedro Tejada. Sin embargo la existente hoy, no conoció aquellos días de la Castilla Condal, y hay que avanzar una centuria para fijar los vuelos románicos de su estructura dentro del siglo XII.

Bajo la desinteresada solicitud del Patrimonio Artístico Nacional, la iglesia renace en nuestros días en toda su recia integridad y en su impresionante belleza. Nada se le ha agregado y nada se ha eliminado de ella, sino es, la espesa capa de yeso que al enmascararla, desvanecía la poderosa sugestión de sus relieves y las vibraciones centenarias de sus piedras venerables.

En su aislamiento recibe, con el aliento de la roqueda que parece infundirla ensueños de eternidad, la luz del sol que envuelve en oros las rudas representaciones esculpidas en sus viejos sillares.

Hacia la soledad que por todas partes la circunda y en cuerpo destacado bajo el hastial perforado por estrecho ventanal lobulado, desarrolla la composición de su portada con despliegue de arquivoltas, decoradas de cables, dados y bolas, apoyadas en grandes cimacios, toscos capiteles y gruesas columnas.

A la altura de la última arquivolta, seis losetas flanquean el relieve de Jesús, con ostentación de un Apostolado de redondeada y maciza proyección y sobre esta ingenua iconografía, la línea del tejaro resalta en el alarde de canecillos, expresivos en la coronación de la portada de los símbolos de los Evangelistas.

La inagotable variedad historizada, viva y palpitante en la corona de canecillos, recorre el cuerpo de la iglesia y la curva del ábside sobre muros de calientes tonos dorados, taladrados con la severa gracia de románicas ventanas y reforzadas en los ángulos con cilíndricas columnas de magnífico efecto decorativo.

La torre cuadrada, erguida con impulsos de columnas en sus centros y esquinales, abre en el cuerpo superior dobles ventanales con partaluces románicos en cada cara, traspasados de luz y de vuelos empapados en nostalgias. Hoy, queda como petrificada y muda, sin lanzar a la radiante claridad de las alturas clamores de campanas, cuyas vibraciones iban a perderse en el majestuoso silencio de las cumbres.

Y este silencio señorea el ámbito de la iglesia, estremecido en la soledad de la nave por el fuerte aliento de las piedras renacidas.

En la cabecera, el interior del ábside con bóveda de horno y adorno de ventanas y ciegas arquerías, cobija un retablo gótico del siglo XV de pintura española con fondos de oro en algunas de sus tablas, e imágenes de Santos y Evangelistas de técnica dura y áspera expresión. Una cúpula de base octogonal sobre trompas se eleva en el tramo central, deslindado, de la cabecera y del primer tramo cubierto por bóveda de cañón, por arcos triunfales de amplio vuelo en su recio dovelaje, apoyados en columnas con grandes capiteles de entrañable simboligía cristiana.

Esta es la iglesia mencionada en las bulas de los pontífices Eugenio III y Alejandro III, en los años 1148 y 1163 entre las dependencias del monasterio de Oña, la que recibía en 1203 la piadosa ofrenda de casas en «Incinillas de los Ocinos», y la que estaba presidido en 1244 por el prior don Esteban, varón de relieve en la vida del Valle, testigo de la donación de propiedades en los pueblo de Quecedo y Arroyo a favor del Monasterio de Oña, por la poderosa familia de los Sánchez de Velasco de Visijueces.

Vinculada hasta tiempos muy recientes al Monasterio de Oña, contempló en largos siglos de existencia, como el inefable encanto de renovadas primaveras la envolvía en aromas de montes y florestas, abriendo ante ella las incomparables perspectivas del valle engalanado de pompa floreal y recorrido en alturas de cielos azules por un sol que ponía claridades de Aurora en los montes de la Tesla y suavidades de crepúsculo al perderse, con séquito de sombras, en las cumbres de la Cordillera de Valdivielso.

TEOFILO LOPEZ MATA